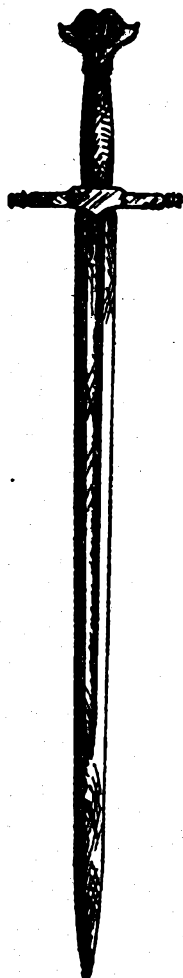
10

ISSN 0326-6117

# GLADIUS

"GLADIUS SPIRITUS QUOD EST VERBUM DEI"





10

GLADIUS



# INDICE

# LA ESTRATEGIA ATEISANTE DE ANTONIO GRAMSCI

P. ALFREDO SÁENZ



**Ponencia presentada en el IV Congreso Católico Argentino de Filosofía sobre "Ateísmo y vigencia del pensamiento católico" que tuvo lugar en Córdoba del 2 al 4 de octubre del corriente año.**

Cúmplese este año el 50º aniversario del fallecimiento de Antonio Gramsci, lo que ha merecido diversas recordaciones de grupos izquierdistas tanto en el extranjero como en nuestro país. Nos limitaremos ahora a exponer su estrategia, especialmente en el campo de la religión, para lograr la sustitución de lo que él llama "el sentido común" del pueblo, es decir, el modo común de sentir de la gente, por el nuevo sentido común del inmanentismo marxista.

## 1. El marxismo en el proceso de la modernidad

Antes de entrar en materia, convendrán algunos prenotandos. En modo alguno Gramsci considera al marxismo como una suerte de aerolito caído del cielo, que bruscamente intercede en la historia, sino como la culminación de un largo itinerario histórico. Así escribe: "La filosofía de la praxis —nombre con que Gramsci designa el marxismo— presupone todo un pasado cultural: el Renacimiento, la Reforma, la filosofía alemana y la Revolución Francesa, el calvinismo y la economía clásica inglesa, el liberalismo laico y el historicismo que se encuentra en la base de toda la concepción moderna de la vida" [1]. Especialmente se remite al testimonio de Hegel, haciendo suya aquella concatenación que establece entre las actividades teóricas y prácticas. En efecto, Hegel descubría un nexo especial entre la filosofía de Kant, Fichte y

[1] Cit. en *Antología de A. Gramsci*, Biblioteca del pensamiento socialista, Siglo XXI Ed., 7ª ed., México, 1984, p. 463.

Schelling, y la Revolución Francesa, destacando que esos dos pueblos, el alemán y el francés, por opuestos que sean entre sí, o precisamente por ser opuestos, fueron los que marcaron decisivamente la mentalidad moderna. Alemania puso el pensamiento filosófico, Francia la realidad política. A estas dos fuentes añade Gramsci la economía liberal inglesa. Resumiendo, entonces, la filosofía de la praxis, que es la filosofía definitiva, la filosofía del hombre moderno y de la modernidad, ha nacido de la cultura representada por la filosofía idealista alemana, la economía clásica inglesa y la literatura y la práctica política francesa. No que Gramsci afirme que cada uno de estos tres movimientos haya contribuido a elaborar respectivamente la filosofía, la economía y la política del marxismo, sino que éste logró asimilar sistemáticamente los tres movimientos, a saber, la entera cultura de la primera mitad del siglo XIX, a tal punto que en la síntesis nueva, cualquiera sea el momento en el cual se la considere, momento teórico, económico o político, se encuentra como "momento" preparatorio cada uno de aquellos tres movimientos. El gran proyecto del liberalismo está pues en el origen del marxismo, si bien en él desaparece. Gramsci lo señala con claridad: "Las afirmaciones del liberalismo son ideas-límite que, una vez reconocidas como racionalmente necesarias, se han convertido en ideas-fuerza, se ha realizado en el Estado burgués, han servido para suscitar la antítesis de ese Estado en el proletariado y luego se han desgastado. Universales para la burguesía, no lo son suficientemente para el proletariado. Para la burguesía eran ideas-límite, para el proletariado son ideas-mínimo. Y, en efecto, el entero programa liberal se ha convertido en el programa mínimo del Partido Socialista"[2].

## 2. La inmanencia absoluta

Gramsci cree poder descubrir el momento sintético unitario de aquellas tres corrientes madres del marxismo, su denominador común, en el concepto de inmanencia que, partiendo de su forma especulativa, ofrecida por la filosofía clásica alemana, se tradujo a una forma histórica con la ayuda de la política francesa y de la economía liberal inglesa.

El concepto de inmanencia es fundamental para Gramsci, al punto de constituir la referencia central de su pensamiento, el núcleo mismo del marxismo. Se trata de un concepto más central incluso que el concepto de materialismo, tan caro a la tradición marxista. Gramsci se declara, por cierto, materialista, pero no

[2] Cit. en *Antología...*, ed. cit., p. 19.

como lo entienden los marxistas ingenuos, idolatrando la materia cuantitativa y físico-química, sino en un sentido más cultural, a saber, como proclamación de antiespiritualismo. Materialista es para Gramsci aquel que ha resuelto encontrar en esta tierra y no en otro lugar el sentido último de su existencia. Refiriéndose a esto nos ha dejado una definición tajante del marxismo, el cual no es otra cosa, dice, que "un historicismo absoluto, la mundanización y terrestridad absoluta del pensamiento, un humanismo absoluto en la historia" [3]. La insistencia en el calificativo *assoluto* no es fortuita sino conscientemente pretendida. Historicismo absoluto quiere decir que no es lícito admitir nada extra o suprahistórica, nada eterno. Mundanización y terrestridad absolutas significa que todo es aquende, y que cualquier afirmación de "otro mundo" o de alguna "nueva tierra" implica una evasión flagrante, y hasta peligrosa, ya que impide empeñarse en lo único que es real. Humanismo absoluto significa que hay que desdeñar cualquier concepción que no sea antropocéntrica, que no considere lo humano como supremo y terminal.

La fórmula tan vigorosa de Gramsci podría resumirse en un "inmanentismo absoluto", el total rechazo de la trascendencia. Los términos de historicismo, humanismo e inmanentismo absolutos son así reductibles a una definida posición antitrascendente. Acá es donde habrá que poner la quintaesencia del marxismo, más que en el materialismo histórico. O, si se quiere, entender dicho materialismo en el sentido de antiespiritualismo, de ateísmo antirreligioso.

## 3. Hacia el cambio de cosmovisión

Inteligente conocedor de la realidad, advierte Gramsci que a pesar de la progresiva inmanentización que ha caracterizado el pensamiento y el devenir histórico de los últimos tiempos, perviven todavía en la sociedad fuertes residuos de la antigua cosmovisión trascendentalista. No en vano la civilización cristiana logró coordinar lo que él llama la sociedad civil (a saber, los organismos privados que ejercen sobre las masas un influjo ideológico, o hegemónico) y la sociedad política (constituida por los organismos de coerción, como son las fuerzas armadas, los tribunales, y especialmente el Estado, poder dominante). Estos dos poderes, el hegemónico y el dominante, unidos entre sí, han creado la Cristiandad medieval, una sociedad homogénea en la aceptación del trascendentalismo, cuyas reliquias aún subsisten. En

[3] *Il materialismo storico e la filosofia di Benedetto Croce*, en *Quaderni del Carcere*, vol. II, Riuniti, Roma, 1971, p. 159.

vano se pretenderá instaurar el marxismo en la sociedad occidental, si previamente no se cambia el "sentido común" (así denomina Gramsci al modo común de pensar) del pueblo sencillo. Como dicho sentido común ha sido creado por la sociedad civil, por los grupos hegemónicos, la Iglesia, la enseñanza, las publicaciones, etc., es decir, por los que piensan, por los intelectuales, será preciso llevar a cabo una revolución cultural, con la ayuda de los nuevos intelectuales, los marxistas, que valiéndose de todos los medios aptos para influir ideológicamente, en especial los medios de comunicación social, vayan cambiando el modo de pensar de la gente. Cuando se haya logrado esto, habrá llegado el momento de ocupar el poder político, lo cual no será sino recoger una fruta madura. Tomar el poder político sin haber previamente cambiado la mentalidad de las masas sería altamente peligroso porque en cualquier momento podrá aparecer un "dictador", al modo de César, Napoleón o Mussolini, dice, que vuelva las cosas a su situación anterior [4].

Abundemos un tanto en este tema capital de su pensamiento. Considera Gramsci que la fuente principal del sentido común no es otra que la religión, y en el caso de Occidente, el catolicismo. ¿A qué se deberá semejante logro?, se pregunta Gramsci. Ante todo al hecho de que la Iglesia a lo largo de los siglos ha mantenido la propia fe de un modo fijo, repitiendo incansablemente la misma doctrina, las mismas razones de su apologética, luchando en todo instante con argumentos similares y conservando una jerarquía de intelectuales que dan a la fe al menos la apariencia de la dignidad del pensamiento [5]. Otra de las causas a que Gramsci atribuye el influjo del crisitanismo es que, a diferencia de las filosofías modernas, que no lograron "prender" en las masas, supo unir en una misma confesión a los intelectuales y al pueblo fiel. "La fuerza de las religiones, y especialmente de la Iglesia católica —escribe—, ha consistido y consiste en el hecho de que siente enérgicamente la necesidad de la unión doctrinal de toda la masa 'religiosa', y se esfuerza porque los estratos intelectualmente superiores no se separen de los inferiores. La Iglesia romana ha sido siempre la más tenaz en esa lucha por impedir que se formen 'oficialmente' dos religiones, la de los 'intelectuales' y la de las 'almas sencillas'... Una de las mayores debilidades de las filosofías inmanentistas en general consiste precisamente en no haber sabido crear una unidad ideológica entre lo bajo y lo alto, entre los 'sencillos' y los 'intelectuales'" [6]. Para Gramsci es ésta una de las claves de la supervivencia y del poder hegemó-

[4] Cf. R. Gómez Pérez, *Gramsci, el comunismo latino*, Eunsa, Pamplona, 1977, pp. 97-98.
[5] Cf. *Il materialismo...*, ed. cit., p. 16-17.
[6] Cit. en *Antología...*, ed. cit., p. 369.

nico del catolicismo: aun cuando la Iglesia contenga en su seno una élite culta y una masa primitiva, se ha negado siempre a separarlas, cuidando de que los elementos fundamentales —la doctrina y la moral— sean los mismos para todos.

El método de la Iglesia es para Gramsci altamente aleccionador: si lo que se pretende es la transformación socialista de la sociedad, resulta inobviable la iniciativa de los intelectuales. Así como Gramsci nunca aceptó que las meras transformaciones económicas fueran suficientes para operar de por sí un cambio social, de manera semejante se opuso a la creencia de que serían las masas populares las que se rebelarían casi instintivamente contra la cosmovisión tradicional. Gramsci desconfiaba de la "espontaneidad de las masas". "Las ideas y las opiniones no 'nacen' espontáneamente en el cerebro de cada individuo: han tenido un centro de formación, de irradiación, de difusión, de persuasión, un grupo de hombres o incluso una individualidad singular que las ha elaborado y las ha presentado en la forma política de actualidad" [7]. Será, pues, preciso conquistar el mundo de las ideas para que éstas lleguen a ser las ideas del mundo.

¿Cómo encarar esta ofensiva cultural? ¿Cómo lograr esta impregnación de las nuevas ideas en las masas, semejante a la que realizó la Iglesia en las épocas de Cristiandad? Antes de ocupar la Casa de Gobierno será menester una política de "agresión molecular". Entre el Palacio de Invierno y las masas, hay un cúmulo de trincheras, una serie de casamatas —revistas, colegios, radios, organizaciones de influjo ideológico— de las que habrá que irse apoderando. En vez del asalto el asedio. Una tarea de semejante envergadura exige una estrategia sin tiempo, que incluye un doble momento: el momento del desmontaje, de la destrucción de la vieja cosmovisión, y el momento del montaje, de la instauración de la cosmovisión inmanentista del marxismo. Se trata de una lucha principalmente en el campo de las ideas, un combate intelectual, una lucha entre dos cosmovisiones.

Gramsci, notable observador de la historia, señala cómo toda revolución ha sido precedida por un intenso trabajo de crítica, de penetración cultural, de impregnación de ideas. E invoca el último gran ejemplo histórico, el de la Revolución Francesa, destacando cómo el anterior período cultural, llamado de la Ilustración, no es reductible a un revoloteo de inteligencias académicas, que discurrían de todo y de todos, en torno a su nueva Biblia, la Enciclopedia. Fue una verdadera revolución ideológica, que se extendió por toda Europa, creando una conciencia común. El ejército de Napoleón encontró el camino allanado por un ejército

[7] Cit. ibid., p. 398.

invisible de libros y de opúsculos que lo había precedido [8]. Imitando la estrategia de la Revolución Francesa, la nueva ideología tendrá primero que desmontar la hegemonía de la clase dirigente, desprestigiándola, minando el bloque histórico que ha creado, suscitando en cuanto sea posible la traición de sus intelectuales. Y algo más: lograr que quienes se opongan a la nueva cosmovisión, quienen denuncian su estrategia, sean reducidos al silencio, se vean burlados, marginados. Como bien dice Del Noce, "la así llamada evolución democrática del comunismo consiste en el paso del terror físico a la marginación moral" [9].

Una vez logrado el desprestigio de las clases dirigentes, habrá que ir a las masas, difundiendo allí la concepción materialista de la vida. Habrá llegado el momento del montaje. En esto habrá que imitar el método de la Iglesia, reiterando siempre las mismas verdades, y suscitando un nuevo confesionalismo, un "confesionalismo ateo", una reedición del viejo "vox populi, vox Dei".

## 4. La estrategia antirreligiosa

Es curioso observar cómo Gramsci, a semejanza de Marx, si bien juzga que el cristianismo es algo terminado, una reliquia del pasado, con todo no pierde ocasión de referirse a él, considerándolo incluso como el peor enemigo, el obstáculo mayor para la secularización total y absoluta que era, para él, la esencia misma de la Revolución. Gramsci, escribe Del Noce, "es el pensador más rigurosamente antirreligioso, al menos como crítico de la religión del Dios trascendente y creador. Su preocupación como filósofo es alcanzar un inmanentismo tan riguroso que no deje ya espacio para la más mínima tentación de renacimiento religioso" [10]. Gramsci piensa que mientras el catolicismo siga conservando su influjo en la sociedad, en la conservación del sentido común, no hay perspectivas para el marxismo. De ahí que dentro de sus grandes lineamientos tácticos, señale una estrategia específica para tener en cuenta en la lucha antirreligiosa.

En modo alguno ignora Gramsci las realizaciones concretas del cristianismo, el éxito que ha logrado en su secular proyecto de impregnar las mentes con el espíritu del evangelio. Lejos está de aquella actitud ciega del marxista fanático que voluntariamente decide desconocer dichos logros, incapacitándose así para

[8] Cf. ibid., pp. 16-17.

[9] A. Del Noce, *Italia y el eurocomunismo*, Ed. Magisterio Español, Madrid, 1977, p. 163.

[10] Ibid., p. 119.

trabajar con eficacia en la erradicación de la religión. El cristianismo, guste o no guste, es una realidad histórica; no se trata de negarlo, porque es algo bien real, ni se trata de ridiculizarlo, porque nada tiene de ridículo.

¿Cómo enfrentar a este gigante? ¿Cómo ateizar efectivamente a las masas? El método de Gramsci es lúcido. Se procurará hacer entender a los cristianos que todo aquello que han creído, todo aquello por lo que han luchado, no es más que una versión utópica e ilusoria de necesidades, intereses y aspiraciones reales. Se tratará de recoger esas necesidades, intereses y aspiraciones pero haciéndoles sufrir una transformación radical, recogerlas, pero *inmanentizándolas*. ¿Buscan Uds. un paraíso? Lo tendrán, pero no en el más allá sino en este mundo; el paraíso, sí, pero en la tierra. Es este un aspecto muy importante para entender la estrategia gramsciana de la lucha antirreligiosa. Para Gramsci la religión es la utopía más gigantesca que haya aparecido sobre la faz de la tierra, el más grandioso intento de solucionar en forma mitológica los problemas reales de la existencia humana. La religión pone a los hombres en la perspectiva del "otro mundo", en la esfera de lo utópico. La religión se presenta en cierta manera como exaltando al hombre, inevitándolo a divinizarse, pero ello con la ayuda de lo alto, de la gracia, y en la perspectiva de "otro mundo", en la esfera de lo utópico. El marxismo habrá de recuperar esa importancia que se atribuye al hombre, pero no vinculándolo a una vacua "trascendencia", sino a la misma historia del hombre, la que es hecha por el hombre y para el hombre, a través de la cual el hombre se crea a sí mismo.

Labor, por tanto, intelectual y práctica a la vez: refutar teóricamente el cristianismo, desmontando las piezas principales de su edificio doctrinal, y ofrecer a los cristianos metas de verdadero interés, metas sensibles y tangibles, que faciliten el tránsito desde una concepción trascendente a una concepción inmanente, que es la única real. No se trata, por tanto, de dejar a las masas católicas sin una concepción del mundo, sino de ir sustituyendo paulatinamente una concepción trascendente por otra inmanente. El secularismo alcanza así su punto extremo, al secularizar incluso la religión. La afirmación de que el Partido es el nuevo Príncipe, que ocupa en las conciencias el puesto de la divinidad o del imperativo categórico, muestra inequívocamente cómo el marxismo al que apunta Gramsci es, literalmente, la "religión secularizada" [11]; el equivalente moderno de la Iglesia católica, un equivalente diametralmente opuesto en los principios, dado que la única realidad digna de interés es la realidad del aquí abajo.

[11] Cf. ibid., p. 116.

También en el ámbito de la lucha antirreligiosa opina Gramsci que se requerirá el doble momento del desmontaje y del montaje. En este sentido, puso grandes esperanzas en la desintegración espontánea de la Iglesia, siguiendo con especial atención sus crisis internas. Así se interesó por la "burocratización" de los eclesiásticos, algo que a su juicio debía ser aprovechado por el Partido [12]. Pero lo que más lo impresionó fue el fenómeno del modernismo, herejía —o conjunto de herejías— que nació y se propagó en los primeros decenios del presente siglo. Su sagacidad supo reconocer en dicha corriente un grave peligro de desviación para la Iglesia. Ante todo advirtió cómo el modernismo podía empalmar perfectamente con la visión inmanentista del marxismo. Por otra parte, la aparición de un cristianismo de sedicente élite, de intelectuales de gabinete, con los que el pueblo cristiano jamás se identificaría, a la larga tendría la virtud de resquebrajar el bloque institucional de la religión. La Iglesia consideraba igualmente fieles al teólogo más ilustrado y a la humilde mujer analfabeta; el modernismo, en su intento por racionalizar la fe, acabaría por crear una escisión entre el clero y las bases, dejando a éstas mucho más permeables para ser adoctrinadas por otros intelectuales, los marxistas [13].

Juzgaba Gramsci que la expresión política del modernismo teológico era el Partido Demócrata Cristiano que, bajo el nombre de Partito Popolare, hacía por aquel entonces su aparición en Italia. Mientras que antes, nos dice, los intentos de revitalización del catolicismo impulsaron a la creación de nuevas Ordenes religiosas, el último conato de renovación, que es el modernismo, condujo a la creación de un partido político. Para Gramsci dicho Partido no era sino la mentalidad moderna que penetraba en la Iglesia, intentando una especie de "encarnación" en el mundo y una competencia mundana con las ideas revolucionarias. La aceptación de la democracia, bajo su forma de soberanía popular, era señal de que el catolicismo cedía por fin ante la modernidad, la inmanencia y la secularización, en busca de fines meramente temporales [14]. Citemos algunas líneas del texto de Gramsci, escrito al día siguiente de la fundación del nuevo partido: "El catolicismo vuelve a aparecer a la luz de la historia, pero ¡cómo ha sido modificado, cómo se ha 'reformado'! El espíritu se ha hecho carne, y carne corruptible como las formas humanas... El catolicismo que se encarnaba en una cerrada y rígidamente estrecha jerarquía que irradiaba desde las alturas..., llega a ser la mu-

[12] Cf. *Note sul Machiavelli, sulla politica e sullo Stato moderno*, en *Quaderni del Carcere*, vol. V, Riuniti, Roma, 1971, pp. 76-77.
[13] Cf. R. Gómez Pérez, op. cit., p. 147.
[14] Cf. al respecto A. Del Noce, op. cit., p. 150.

chedumbre misma, se convierte en emanación de la muchedumbre... El catolicismo comienza de esta forma a competir con el socialismo, se dirige a las masas, como el socialismo, y será vencido por el socialismo, será definitivamente expulsado de la historia por el socialismo... El catolicismo democrático hace lo que el socialismo no podría hacer: amalgama, ordena, vivifica y se suicida... Y querrán actuar por sí mismos y desarrollarán ellos mismos sus propias fuerzas y no querrán ya intermediarios, no desearán ya pastores con autoridad, sino que aprenderán a moverse por propio impulso. Se convertirán en hombres, en el sentido moderno de la palabra, hombres que extraen de la propia conciencia los principios de su acción, hombres que rompen los ídolos, que decapitan a Dios" [15].

La génesis y el desarrollo del modernismo —teológico y político— fue uno de los temas que más lo apasionaron. Gramsci puso siempre grandes esperanzas en la aparición de lo que llamaba "los intelectuales traidores". Según su inteligente estrategia nada le parecía más importante que lograr la defección de los intelectuales de la cosmovisión tradicional; en el caso de la Iglesia, la defección de algún profesor, de algún teólogo. Para Gramsci la decadencia de la religión comienza cuando los inelectuales de la fe —como a veces denomina a los sacerdotes— se van inclinando a minusvalorar las categorías de la trascendencia y a enfatizar descompensadamente las de la inmanencia. Estos nuevos teólogos, ya ablandados en su fe, se comportan entonces según el modelo bien analizado por Gramsci de los intelectuales que realizan la traición de clase: "están ya a punto de entrar en crisis intelectual, vacilan entre lo viejo y lo nuevo, han perdido la fe en lo viejo, pero todavía no se han decidido en favor de lo nuevo" [16]. Tales sacerdotes miran el pasado con recelo, sólo ven falencias en la teología tradicional, toman distancia de lo aprendido, y si bien todavía no se animan a abrazarse plenamente con lo nuevo, comienzan a vivir en la ambigüedad de un catolicismo complaciente, "progresista", encandilado por el cambio. El eurocomunismo, por su parte, ulterior producto del pensamiento estratégico de Gramsci, se encaminaría a lograr un acercamiento entre el marxismo y el ala progresista de la Iglesia, heredera de aquel modernismo que Gramsci tan bien conociera. Dicha ala, de su lado, apuntaría a un compromiso con el mundo, no en el sentido de un diálogo de salvación sino, al revés, de una secularización, como quería Gramsci, del mensaje cristiano, de una disolución del misterio en aras de una consideración predominantemente temporalista, en gran manera deudora de la cosmovisión marxista, en camino hacia

[15] *L'Ordine Nuovo*, 1 de nov. 1919.
[16] *Il materialismo...*, ed. cit., p. 15.

un secularismo e inmanentismo totales. Las combinaciones "cristiano-marxistas", las asociaciones de "cristianos para el socialismo", algunas corrientes de los "teólogos de la liberación", etc., que vendrían después en una palabra, el entero proceso de "autodemolición" de la Iglesia, que denunciara Pablo VI, encuentran una espléndido retrato en los análisis de Gramsci. Los "clérigos marxistas" son precisamente intelectuales traidores que se "convierten" a la modernidad, acercándose a los nuevos dirigentes que van adquiriendo creciente hegemonía sobre la cultura.

Decíamos que Gramsci consideraba que no había que limitarse tan sólo al sector de los intelectuales. Era preciso, si bien secundariamente, ir también a las masas. ¿Y esto cómo se hará? Teniendo muy en cuenta lo que haya de rescatable en el modo de pensar del pueblo, el núcleo sano del sentido común, para difundir, a partir de allí, la concepción inmanentista de la vida. En modo alguno habrá que levantar la bandera de un materialismo crudo y trivial. En el cristianismo, afirma Gramsci con admirable clarividencia, hay más "materialismo" de lo que se cree, ya que en él la materia conserva una función nada desdeñable, según puede advertirse en el dogma misma del Verbo que se hace carne, en los sacramentos, etc. Al cristiano se le enseña a valorar la materia; por tanto no hay que pensar que se opera contra el cristianismo por el mero hecho de exaltar la materia; se debe propagar el materialismo, sí, pero en el sentido de antiespiritualismo.

Resultaría, sin duda, interesante hacer un relevamiento de las diversas aplicaciones concretas de la estrategia gramsciana. R. Gómez Pérez se ha referido a ello considerando el caso de la España postfranquista y la Italia postfascista [17]. Cabría un análisis semejante en lo que toca a Cuba, Nicaragua, Chile, y particularmente la Argentina, donde indudablemente el pensamiento de Gramsci inspira no pocas políticas sobre todo en el ámbito cultural. El tiempo no nos permite el desarrollo de esta consideración. Destaquemos tan sólo el error insanable cometido en nuestra Patria por aquellos que restringieron el amplísimo campo de la lucha contra la subversión al solo conflicto armado que impuso el terrorismo. Refiriéndose a Italia decía Del Noce que la Democracia Cristiana había de reconocer un gravísimo error: el de no haber sabido reconocer y definir, después de tantos años, cuál era su adversario real. No es preciso recurrir a la autoridad de ningún gran teórico en ciencias políticas para saber que lo determinante de un partido político no es tanto su plataforma, necesariamente abstracta, cuanto la definición concreta

17 Cf. op. cit., pp. 159-194.

del adversario. Pues bien, la Democracia Cristiana Italiana pensó que tenía frente a sí un partido comunista de tipo leninista, cuando en realidad se trataba de un partido comunista de tipo gramsciano [18]. Algo semejante ha sucedido entre nosotros. Muchos sinceros anticomunistas, desconocedores de este estilo de combate, que más que a la conquista de nuevos territorios apunta a la captación y dominio de las cabezas, subestimaron la importancia de la guerra cultural.

El hecho es que estamos en guerra, una guerra que en el fondo es teológico. Gramsci ha trazado con aterradora lucidez la esencia, el camino y la meta de la Revolución: la decapitación de Dios y el endiosamiento del hombre. Por eso esta guerra es reductible, en última instancia, a la enunciada por San Agustín en su *De Civitate Dei.* El mismo Gramsci no ha dejado de eludir a la fórmula agustiniana: "El Partido Comunista es en el período actual la única institución que puede compararse seriamente con las comunidades religiosas del cristianismo primitivo; con las limitaciones dentro de las cuales el partido existe ya a escala internacional, se puede intentar una comparación y sentar un orden de juicios entre los militantes de la Ciudad de Dios y los militantes de la Ciudad del Hombre; el comunista no es, desde luego, inferior al cristiano de las catacumbas... Rosa Luxemburgo y Carlos Leibknecht son más grandes que los más grandes Santos de Cristo" [19].

[18] Cf. op. cit., pp. 136-137.
[19] Cit. en *Antología...*, ed. cit., p. 108.